

libro, de modo absolutamente idéntico.) Pero en el ensayo, Sábato resulta muchas veces particularmente cáustico: «Terminemos de una vez con esta demagogia que nos recomienda una ermita de San Telmo como realidad nacional, rechazando, en cambio, el despacho gris de un profesor de la calle Charcas. Más que realismo, esta postura estética se puede llamar suburbanismo.» Por consiguiente, la posición del autor es, por una parte, la del *reconocimiento* del tiempo histórico y, por otra parte, la del *conocimiento* e investigación del presente, susceptible (y no solamente) de convertirse en historia. En ningún caso, Ernesto Sábato negará la procedencia de la cultura a la cual le pertenece. Pero tampoco tendrá hacia la misma la archiconocida actitud de humildad. El rechaza, en cierto modo, la tutela del Viejo Mundo, aun cuando ésta se limite a Iberia, sosteniendo la conciencia de sí del continente latinoamericano. Helo aquí muy categórico, como siempre, en una de las confesiones hechas para una autoentrevista: «Me parece que ha llegado el momento en que asumamos nuestra realidad espiritual con entereza, sin arrogancias, pero también sin sentimientos de inferioridad. Hemos llegado a la madurez, y uno de los rasgos de una nación madura es la de saber reconocer sus antecedentes sin resentimiento y sin rubor. Estoy hablando del Río de la Plata, no de México ni del Perú, donde el problema difiere por la poderosa herencia cultural indígena. Aquí la ciudad y la cultura se edificaron sobre la nada, sobre una pampa recorrida por tribus salvajes y duras. Casi todo nos llegó aquí de Europa: desde el lenguaje y la religión (dos poderosísimos factores de cultura) hasta la mayor parte de la sangre de sus habitantes. Si fuéramos consecuentes con los que a cada rato nos están reprochando el «europeísmo», deberíamos escribir sobre la caza del avestruz en lenguaje pampa. Todo lo demás sería adventicio, cosmopolita, antinacional» (3).

Es precisamente esta conciencia de sí de los escritores argentinos lo que constituye, por lo que puedo yo comprender, el elemento fundamental, que, actuando como una centrifugadora, les ha seguido conservando la comunicación con su mundo y, al mismo tiempo, los ha inscrito en círculos cada vez más anchos, universalizándolos. Por numerosos que hayan sido los especialistas de la teoría que intentaran explicar de otro modo tal estado de cosas, para la mayoría de estos escritores (y recordaría aquí a Roberto Arlt, a Horacio Quiroga, a Eduardo Mallea, a Borges y a Julio Cortázar, a Adolfo Bioy Casares y, desde luego, a Sábato), este estado de cosas ha resultado claro desde el principio. Todos éstos (y la lista está lejos de estar completa, aunque añadiésemos a Marechal, a Mujica Láinez o a Martínez Estra-

(3) Ernesto Sábato: *El escritor y sus fantasmas*, Buenos Aires, 1967, pp. 28 y ss.

da) han escrito sus libros sin prestar atención a las lecciones de estética de los que los rodeaban o estaban más lejos. Cada uno ha propuesto al lector una determinada hipótesis acerca de la realidad argentina, nunca parecida a otra, y, por supuesto, precisamente de aquí fue de donde sacaron muchos los argumentos con los cuales trataron de ilustrar la falta de personalidad de dicha literatura. Hasta un observador de gran finura, como fue Ezequiel Martínez Estrada, sorprendido ante el hecho de que semejante realidad pueda permitirse el lujo de tantas hipótesis simultáneas, ha exagerado, una vez, en sus apreciaciones, señalando que resultaría redundante unir las palabras *literatura* y *vida*, porque ambas son sinónimas de una sola y misma realidad verdadera. Aún más, al hablar de la literatura argentina no sería justo, por desgracia, afirmar que representa un imperio dentro de otro, un imperio neutral en que los seres vivientes fuesen fantasmas retóricos, cuando no son más que personajes de ficción en un mundo de ficción (4). Y el texto resulta exagerado no por la simetría de los términos paradójicos, sino porque carecían de un fundamento real.

Eduardo Mallea, a quien muchos investigadores, por las mismas razones, supusieron siempre influido por Unamuno, sobre todo en *Historia de una pasión argentina*, pero que, en realidad, partía, como Unamuno, de Kierkegaard, ha intuido, tal vez entre los primeros, el rostro de una «Argentina invisible». Preocupado por su país, abierto y receptivo a cualquier influjo extranjero, Mallea se preocupaba en realidad por la naturaleza proteica del mismo, por la falta de raíces de sus habitantes y por la pérdida (o el olvido) de una fisonomía incipiente. El habitante de Buenos Aires, descrito en el libro arriba mencionado, es un ser para quien la disponibilidad de asimilación de la cultura se convierte en peligro para la conservación y el desarrollo de su propia identidad. Al tratar de descubrir en su rostro aquel rostro invisible, el único que lo pudiera salvar, Mallea escribe: «He aquí que de repente este país me hace desesperar y me desalienta. Me alzo en contra, palpo el rostro de mi tierra, su temperatura, acecho sus más mínimos movimientos de conciencia, averiguo sus gestos, sus reflejos, sus impulsos, y otra vez me alzo en contra, le dirijo reproches, la llamo con dureza a su verdadero ser, el profundo, incluso en el momento en que está dispuesta a aceptar el festín de tantos descarriados» (5).

(4) Véase Ezequiel Martínez Estrada: *Para una revisión de las letras argentinas*, Buenos Aires, 1967, p. 114.

(5) Eduardo Mallea: *Historia de una pasión argentina*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1961, página 307.

Aspirando a descubrir el mismo rostro invisible, Ernesto Sábato ha explorado continuamente su propia existencia. Al igual que sus predecesores, él no ha intentado retener forzosamente sólo los elementos que habrían podido, antes que otros, integrar este rostro. El no se ha propuesto escribir una literatura nacional, en sentido estrecho y dañino, sino una literatura profunda. Porque, según lo confiesa él mismo (pero partiendo, como Mallea, de Kierkegaard, también), ganamos nuestra universalidad investigando nuestro propio ser. De aquí, de esta investigación, ha surgido también el presente libro.

III

He dicho desde el principio que la lectura de este libro no es una cosa fácil. Sin embargo, el lector ha de notar, ya desde la primera página, que está ante un hecho consumado: Alejandra, la protagonista del libro, ha matado a su padre, a Fernando Vidal, y luego, secuestrándose voluntariamente en la misma habitación, se ha pegado fuego.

La noticia parece tomada directamente del periódico —se cita, por lo demás, el nombre de un muy conocido diario argentino, *La Razón*—, y hubiera podido pasar desapercibida en una ciudad como Buenos Aires, con una población que supera hoy los ocho millones de habitantes. El autor se propone descubrir, sin embargo, la causa de este trágico suceso, pareciendo reconstituir todas las vías que llevan hacia tal desenlace. Partiendo de aquí, pudiéramos pensar que lo que hemos de leer sería la biografía de los héroes y, por supuesto, una recapitulación de su fin, o sea una crónica sin ficción a la manera de las que se intentan por todas partes. Pero no se trata, ni muchísimo menos, de nada por el estilo. Sábato implica en seguida en la acción a un sinfín de personajes (Martín, Bruno, Bucich, D'Arcangelo, etc.), los cuales, tengan o no tengan relación directa con los primeros dos, no proporcionan todavía ninguna clave inmediata para aclarar dicho desenlace. Por lo demás, el tiempo recorrido por estos personajes resulta vagamente ambiguo: Martín se encuentra dos años antes del suceso citado, para volver, pocas frases más abajo, a algunos años después de consumado éste; Bruno participa en la acción de la misma manera, desde un presente ulterior y lleva a Martín hacia el ámbito de los primeros recuerdos; Bucich y Humberto d'Arcangelo pertenecen a un presente falto de mañana, dejando la sensación de que lo único que cuenta es el instante dilatado sobre el espacio de un partido de fútbol o de una función teatral. Y, por fin, Alejandra, la que vuelve a través del recuerdo para proyectar a Martín con un siglo atrás, en el universo de fantasmas de su familia,